

tecnología del sonido en general, tratados todos por la mano de una fina artesanía (a cargo de Alfonso Pérez O.). De este modo, la obra de Rafael Díaz paradójicamente nos remonta al pasado usando tecnología de punta: se trata de un intento por recuperar y mantener viva nuestra memoria cultural y, en especial, emocional, a través de un espejo de luces y sombras que nos pone por delante, para reflejar lo que hay detrás, en el patio del sur.

En su música y texto existe una estrecha relación e interacción. El propio compositor la considera como "una sucesión de instancias o situaciones sonoras, íntimamente ligadas a los textos poéticos, pero potencialmente autónomas de ellos". Se puede hablar de regiones sonoras que sirven de plataforma para escuchar un texto nítido y fluido. En general, se trata de formas musicales abiertas o semiabiertas, pues el texto lo exige así. La música comenta, crea o recrea el contenido poético. El uso de madrigalimos y onomatopeyas es recurrente, como una suerte de analogías gestuales o sonoras del guión. A veces, tal cual lo exige el teatro, la música parece incidental. También surgen coros de niños y voces renacentistas, junto a relatos, susurros y rezos. De pronto surgen simulaciones de sonidos de campanas, de sirenas, de pregoneros, de pájaros y otros. Ello exige el máximo de aprovechamiento de los recursos instrumentales, con una elaboración timbrística, vibratos, glisandos, microtonos, armónicos, etc. Así, el material sonoro puede tener momentos modales, otros seriales, otros "ruidísticos", etc. Claramente, en el quehacer creativo de Rafael Díaz actúan "las cuatro íes" (intuición, instinto, intelecto e inventiva). La unidad del discurso la da el texto, junto al sonido de la narración. La aparición de ciertos ostinatos rítmico-melódicos también contribuyen a articular la música.

La presentación visual del fonograma es de fina factura. Fotografías del mismo Díaz hablan de un artista multifacético. La calidad técnica de la ejecución musical y del sonido del disco es de primera; sin embargo, hace falta un mayor contraste de "timbre narrativo" de una obra a la otra, dada la importancia que tiene la voz. Además, en ciertos pasajes la expresividad del discurso dramático carece de la profundidad requerida por el contenido del radioteatro. En este sentido en nuestro país nos falta experiencia: faltan espacios para la práctica narrativa. Pero, por esto mismo, la propuesta y calidad lograda por Díaz tiene un doble mérito y el auditor podrá deleitarse viajando por el universo poético-cultural que él nos ofrece.

Rafael Díaz parece haber vivido más que el tiempo cronológico que lleva en su cuerpo. Hay madurez, convencimiento y honestidad en su trabajo. Más que un compositor a secas, se trata de un poeta músico o de un músico poeta. Sin duda, su disco es un valioso y novedoso aporte al patrimonio artístico chileno. Es recomendable escucharlo e incorporarlo a la discoteca personal.

*Gabriel Matthey Correa*

*Compositores chilenos.* CD digital. Obras para violín de Andrés Alcalde, Roberto Falabella, Gabriel Brncic, Alejandro Guarello, Pablo Aranda y Gustavo Becerra. Interpreta Isidro Rodríguez. Santiago: Ministerio de Educación, Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura (FONDART), 1999.

En medio de una creciente producción fonográfica de música chilena, gracias al apoyo del FONDART, llama la atención este CD dedicado exclusivamente a música para violín. Si bien pueden haber razones prácticas y económicas que favorecieron la producción, hay razones superiores de orden netamente artísticas. En piano y en guitarra es habitual encontrar discos con obras solistas, pero en violín (u otros instrumentos) es tan difícil que, con toda seguridad, esta es la primera vez que se hace en Chile.

En la década de 1980, con los aportes que realizó la Agrupación Musical ANACRUSA, se crearon espacios de encuentro entre los compositores y los intérpretes como pocas veces antes habían ocurrido en el país. Ello generó un ambiente propicio para que surgieran solistas y músicos de cámara interesados en hacer repertorio contemporáneo, más allá del trabajo rutinario de las orquestas decimonónicas y sus temporadas oficiales. En dicha década, sin duda, sobresalió el trabajo de Cecilia Plaza como solista e intérprete en piano. En la década de 1990 sobresalió Isidro Rodríguez en el violín, junto a otros músicos en diversos instrumentos.

Rodríguez no surgió por arte de magia ni por oportunismo, sino por una clara vocación musical vinculada a la época contemporánea que nos toca vivir. Ya el año 1983, como miembro de la Orquesta Filarmónica de Teatro Municipal de Santiago, participó en las *Cinco piezas* para orquesta (Op. 10) de Anton Webern, bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo. En la ocasión, por falta de un músico especializado, Isidro Rodríguez se animó a ejecutar la mandolina que, si bien se afina igual que el

violín, requiere de una técnica muy diferente. Más allá de la anécdota, sin duda que es dicho espíritu abierto y aventurero lo que se necesita para poder explorar la música actual. A partir de 1987, Rodríguez se unió a trabajar sistemáticamente con el compositor Andrés Alcalde, en un taller de creación e interpretación musical. De este modo, su apertura, interés y práctica permanente de la música contemporánea —manifiesta en su participación en conciertos, encuentros y festivales— le permitieron realizar con toda familiaridad y autoridad el fonograma de *Compositores Chilenos*. Al tratarse de un instrumento solo, la música se ofrece al desnudo, para que el auditor se acerque y compenetre de ella a través de las cuatro cuerdas del violín, con sus diferentes espesores y texturas, junto a la diversidad de ataques y frotados que permite el arco y los dedos. Tal acercamiento está insinuado en la carátula del disco, con el violín en primer plano y el rostro del músico a continuación, unidos en un solo cuerpo. Mas, no se trata aquí de un simple intérprete, sino de un (re)creador de la música escrita en la partitura. Con ello, el violín pasa a ser un mero objeto —“un instrumento”— que sirve de mediador para hacer y transmitir la música. Por cierto que su sonoridad y timbres característicos están presentes, pero cada compositor —en complicidad con la (re)creación que hace Rodríguez— amplía el espectro y nos lleva a nuevas regiones del universo musical.

A excepción de Roberto Falabella, los otros cinco compositores tienen una relación muy directa con la vida musical europea. Gustavo Becerra y Gabriel Brncic están radicados en el viejo continente, y Andrés Alcalde, Alejandro Guarello y Pablo Aranda realizaron estudios de postgrado con maestros europeos, tal cual se indica en el folleto del CD. De este modo, el disco trasciende de un valor meramente local al de la música planetaria —hecha en el planeta Tierra— indistintamente de las coordenadas en que vivan los compositores. Debido a ello, seguramente, esta música no resulta muy novedosa para Europa, pero sí para Chile. En nuestro país se difunde muy poca música contemporánea, razón por la cual el presente fonograma es un valioso documento que nos permite actualizar nuestro oído a nuevos procedimientos compositivos y a sonoridades jamás escuchadas en el violín clásico. Esto corrobora el hecho de que es la música la que hace al instrumento y no al revés. En otras palabras, el violín del siglo XX suena diferente.

Las obras incluidas en el fonograma fueron escritas entre 1958 y el año 2000, cubriendo casi medio siglo de historia.

El *Tema con variaciones* de Roberto Falabella (1958) y la *Partita* N° 3 (1973) de Gustavo Becerra dan cuenta de nuestra tradición musical, con obras de un formato clásico cuyo resultado deja en evidencia la vitalidad y creatividad de ambos compositores. Ninguno de los dos se queda en el mero plano del neoclasicismo; ambos buscan, experimentan, crean y recrean desbordando y pujando hacia adelante. Son compositores ávidos de explorar y avanzar hacia regiones desconocidas del universo musical, como verdaderos eslabones de una cadena que prepara el camino a las siguientes generaciones.

La obra de Gabriel Brncic *Laia* (1993) da cuenta de su conocimiento de la viola —el compositor es violista— a través de una recopiladora monodía que transcurre con ciertos elementos cíclicos y que poco a poco va expandiendo su ámbito, hasta derivar hacia el final en una textura polifónica, incluyendo diferentes ataques de arco (varias cuerdas, pizzicatos y glisandos). Dentro del disco constituye un remanso que contrasta con las demás obras y contribuye a la variedad del total. En las obras de Andrés Alcalde (*Aria*, 1988), Alejandro Guarello (*Solitario* IV, 1991) y Pablo Aranda (*Oir-d*, 2000), es el gesto elemental el que alimenta el transcurso de la música. Melotipos, células rítmicas o sonoras que se expanden o contraen y, como un cristal que se lee y relee desde diferentes ángulos y planos, nos invitan a descubrir otras dimensiones de la polifonía. Ya no son las clásicas melodías, armonías, contrapuntos o frases, sino procesos que fluyen en distintas direcciones, dando lugar a “figuras y vectores musicales” que convergen y divergen hacia ciertos ejes que a su vez giran, aparecen y desaparecen, llevando al auditor a sentirse viajando dentro de un prisma, con sus diversas caras, ángulos, aristas, texturas, brillos y espejos. Con ello, necesariamente el violín se expande al límite de sus posibilidades, y ya no importa si son cuatro u ocho las cuerdas que suenan. Se trata de música fresca, no exenta de un sentido lúdico, que hace repensar y (re)sentir la polifonía, la tradición y la música en general, desde la perspectiva de los siglos XX-XXI.

Algo de esto se insinúa en el diseño gráfico del librito (a cargo de Paula Mujica), en que la imagen de la carátula se forma y deforma, se desdobra y multiplica, gracias a la presencia implícita de un espejo. En diferentes tonalidades de blanco y negro aparece el rojo, en una suerte de intriga que invita a descubrir los colores y planos que se escuchan en la música del disco. En síntesis, Isidro Rodríguez demuestra su experiencia con maestría y nos invita a viajar y a aventurarnos desprejuiciadamente por

nuevas y diversas regiones del universo musical, descubriendo también nuevas dimensiones del violín. Ojalá que este sea el primer disco de varios más, junto a otros músicos y otros instrumentos solistas.

*Gabriel Matthey Correa*

*Saxofón en concierto. Compositores chilenos 1988-1998.* CD digital. Miguel Villafruela (saxofón) y otros. Santiago: Ministerio de Educación, Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura (FONDART), 2000.

El destacado saxofonista Miguel Villafruela llegó a nuestro país en 1993, procedente de Cuba, con el fin de crear la cátedra de saxofón en el Departamento de Música y Sonología de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. Durante estos años, su labor docente de alta calidad y la excelencia de sus interpretaciones se han hecho conocidas en el medio musical y el público en general lo ha recibido con calurosas ovaciones. Su repertorio abarca obras de distintas épocas y autores, pero particularmente se destaca su aporte a la difusión de la música contemporánea y chilena. Muchos son los compositores que han creado obras especialmente dedicadas al maestro Villafruela. Como nunca antes se ha incrementado el repertorio para saxofón, ya sea como solista o participando en conjuntos instrumentales.

El presente CD es el resultado de un proyecto del propio Miguel Villafruela y el aporte siempre valioso del Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura (FONDART). Contiene una selección de ocho obras para saxofón solo o en combinación con otros instrumentos. Todas estas obras fueron compuestas con posterioridad a 1988 y estrenadas, en Santiago de Chile, en festivales y conciertos de música contemporánea. Estas son las siguientes: *Partita* op. 100 para saxofón alto, violín, violoncello y piano de Juan Orrego-Salas; *Retrospecciones* para voz, saxofón alto y piano, sobre textos de Vicente Huidobro, de Fernando García; *Entorno II* para saxofón soprano y cinta magnetofónica de Carlos Silva; *Divertimento* op. 107 para cuarteto de saxofones de Hernán Ramírez; *Siete estudiantinas* para saxofón alto de Gabriel Matthey; *Contraluz* para saxofón y percusión de Aliocha Solovera; *Sax* para saxofón alto y cinta magnetofónica de Mario Mora y *Zuytt* para cuarteto de saxofones de Andrés Ferrari.

La *Partita* op.100 de Juan Orrego-Salas (1919) fue compuesta en 1988 por encargo de la National Endowment for the Arts (Washington, DC). Está dedicada al saxofonista Eugene Rousseau y al Trío Haydn de Viena, quienes la estrenaron en 1990. En Chile fue estrenada en 1998 en la Sala Isidora Zegers de la Facultad de Artes de la Universidad de Chile en el marco del XIII Festival de Música Chilena, ocasión en que obtuvo el Premio de Honor. La interpretación está a cargo de Miguel Villafruela (saxofón), Jaime de la Jara (violín), Patricio Barría (cello) y Cirilo Vila (piano). La *Partita* op.100 refleja la orientación neoclásica predominante en el compositor: claridad y orden en el manejo de las estructuras, lo que se puede apreciar a través de los cuatro movimientos. A este rasgo se le suma el desarrollo de una célula motívica (o motivo seminal), que es extendido y elaborado continuamente, y el uso de la escala octatónica (ocho sonidos diferentes, alternando tonos y semitonos) con fuerte influencia de Stravinsky.

*Retrospecciones* de Fernando García (1930) fue compuesta en 1993 y estrenada en el XIII Festival de Música Chilena, donde obtuvo Primera Mención. Además del maestro Villafruela, actúan Rosario Cristi (contralto) y Clara Luz Cárdenas (piano). Los títulos de las cuatro canciones son los siguientes: *Lejanía de murmullo*, *Te amo mujer de mi gran viaje*, *Vagaba por las calles* y *Pienso en ellos, en los muertos*. La motivación fundamental surge de las experiencias del compositor como exiliado político después de 1973, siendo los poemas de Vicente Huidobro el motor principal para la creación musical. Más allá de la presencia flexible de elementos aleatorios y seriales, lo esencial en estas canciones es una música que se plasma a partir de la expresión del mensaje poético.

Carlos Silva (1965) es un compositor para quien el saxofón es especialmente atractivo, dada su estrecha relación con la música de jazz. Su obra *Entorno II* es de 1997 y fue estrenada al año siguiente, en el XIII Festival de Música Chilena, donde obtuvo Segunda Mención. Consta de un solo movimiento en el cual interactúan contrapuntísticamente dos elementos: el elemento rítmico de tres tom-tom y el platillo suspendido versus las sinuosas melodías del saxofón.

El *Divertimento* op.107 de Hernán Ramírez (1941) fue compuesto en 1997 y estrenado en 1998 por el Cuarteto Latinoamericano de Saxofones en el Casino de Viña del Mar. Posteriormente el Cuarteto Villafruela, integrado por Miguel Villafruela (saxofón soprano), Cristián Mendoza (saxofón alto), Rodrigo Santic (saxofón tenor) y Alejandro Rivas (saxofón barítono), lo interpretó en el Goethe